

DAVID RUIZ ZAMORA

AL OTRO
LADO DE LA
PUERTA



PUNTOROJO
libros

Agradezco de corazón la colaboración de dos grandes amigas; Margarita Moreno Nevado y María del Carmen Moreno Dorado. Gracias a su asesoramiento y consejo ha sido posibles llevar a cabo este sencillo compromiso. Como no podía ser menos, agradecer el apoyo recibido a mi mujer y a mis hijas, que en todo momento han estado ahí.

1

21 O5 2007

Hermosa mañana la que habíamos escogido para salir a caminar por los alrededores del pueblo. El sol comenzaba a desperezarse tímidamente descargando los primeros e intensos rayos de sol sobre nuestras cabezas. Eran las ocho y media de la mañana, había transcurrido una hora desde que comenzamos nuestro itinerario deportivo, corriendo el cómodo trayecto habitual del camino situado delante del cementerio.

Ninguno de los tres nos quejábamos, algunas mañanas el radiante sol se empeñaba en ponérselo difícil. Como solíamos decir entre nosotros: “sorbo de agua, camino y vista al frente”.

Descendimos el poco concurrido camino de álamos hacia el arroyo. En esta época del año se distinguían los pocos regueros de agua que la primavera había dejado a su paso, y que terminarían evaporándose por la llegada del verano.

El arroyo principal daba muestras de total entereza, él, recibía los últimos brotes de aguas cristalinas que bajaban de las inclinadas sierras.

Nos detuvimos para tomar aire sobre una explanada muy próxima al arroyo, rodeada de unos colosales y antiguos álamos. Sobre el quebrado suelo, restos de troncos secos y oxidados comederos de animales decoraban el llano entre la claridad de los álamos. Los pajarillos revoloteaban sobre las copas de los árboles plasmando sus sombras sobre la verde hierba de la superficie, embelleciendo el lugar con sus cantos.

Rebuscando unos de los lugares más cómodos sobre el lateral del camino donde las aguas cristalinas invitaban a degustar el dulzor de su preciado néctar, serpenteando velozmente entre las piedras.

De esta singular manera y con la rodilla en tierra, pudimos refrescarnos las manos y la cara, momento que aprovechamos en comer algo ligero, casi siempre fruta.

Reanudamos la marcha hacia unas pedrizas situadas al costado del arroyo, nos situaríamos en un entramado de caminos y senderos, realizados por los animales que pastaban en los alrededores.

El sol no permitía ninguna clase de tregua, según avanzaban las horas se hacía más intenso, las pocas nubes que aparecían en el cielo lo esquivaban sin apenas regalarnos unos momentos de sombra.

La mañana transcurría con total normalidad, coronamos el último cerro dando vista al valle donde se sitúa

nuestro querido pueblo, apareciendo en unas antiguas vías mineras inutilizadas por el paso de los años. Bordeamos una gran planicie de olivos, rodeando el río y surgiendo en la gran alameda, donde a escasos doscientos metros está situado nuestro amado pueblo.

Esta fue una de las últimas salidas antes de que llegaran las vacaciones de este año.

En estos momentos gozaremos de nuestro largo periodo de descanso con todo el verano por delante, intentaremos disfrutar de la familia y de los amigos.

2

Antes de comenzar nuestras intensas vacaciones de verano, quiero que conozcáis a mis tres inseparables y habituales compañeros de aventuras.

Toñi, gran compañera y excelente persona, amiga desde la infancia, morena, alta y de genio alegre, es una divertida chica a la que le gusta mucho el deporte, la vida en el campo y las aventuras.

Antonio, buen colaborador de aventuras, siempre dispuesto a todo, no se cansa nunca, compañero sentimental de Toñi, rubio, alto y muy aficionado al deporte.

Ahora me toca presentarme a mí. Soy Juan, por edad el mayor de los tres, al contrario que por estatura, persona alegre y de buen carácter, me encanta vivir aventuras.

Finalmente quiero presentaros a nuestro inseparable amigo, no menos importantes que los demás, pero sí el más sinvergüenza. Coco es un perrito, infatigable, nos suele acompañar a casi todos los lugares que nosotros visitamos.

Antonio y yo habíamos cumplido los veinte tres años, Toñi por el contrario era más joven que nosotros, le faltaba algún año para igualarnos.

Pasamos la mayor parte del año en Madrid, estudiando en la Universidad y ganando algo de dinero, realizando pequeños trabajos que localizábamos en nuestros ratos libres. La compleja vida de un estudiante en la mayoría de las ocasiones era, la falta de recursos económicos.

Teníamos varias opciones para intentar rentabilizar nuestro tiempo libre, comenzando por los bares, terrazas y hamburgueserías, incluso atendiendo a personas mayores en sus domicilios. De esta manera sacábamos algún dinero extra para costearnos mejor la estancia en la capital.

Los pocos días libres que nos dejaban los estudios, solíamos aprovecharlos en hacer un poco de deporte, contábamos con los fines de semana o vacaciones más duraderas (Semana Santa, Navidades, Puentes largos de fines de semana, etc.).

Durante el curso, intentábamos no excedernos mucho a grandes jornadas de marcha, caminábamos y completábamos algún circuito en bicicleta a la que también éramos grandes aficionados. Los estudios no nos dejaban mucho tiempo para poder practicar todo el deporte que nos gustaría.

Hoy, aquí en el patio de la facultad, esperábamos poder despedirnos de algunos de los amigos con los que he-

mos pasado estos últimos nueve meses y muy buenos momentos juntos, deseándoles unas buenas vacaciones y poder vernos en el próximo curso.

Han sido muchos días unidos en lo bueno y en lo malo, nueve meses conviviendo diariamente. Aunque el verano pasará rápidamente, algunas lágrimas se escapan en las despedidas... hay mucha gente a la que echaremos de menos.

También existe la otra parte de la moneda, son esas despedidas incómodas, amigos que te hacen pensar para tus adentros: "¡Anda con Dios!". Son los compañeros pesados y plastas, que no le deseas nada malo, pero te viene bien estar lejos de ellos, aunque solo sea lo poco que nos dura el verano.

Ahora ya que todo ha pasado, caminas en dirección a la estación, piensas que el curso ha acabado y en coger ese tren que nos lleve de vuelta a nuestro querido pueblo, rodeado de nuestra gente.

Siempre que me era posible intentaba sentarme pegado a la ventanilla, así podía ir disfrutando del precioso paisaje, sin que se me escapara ningún detalle del trayecto, me gustaba viajar.

Infinidad de veces, el trayecto se me hacía tan ameno que no quisiera que finalizara tan pronto, observando montañas, ríos, animales y numerosos pueblos, varios de ellos tan pequeños como el mío.

Te incorporas del asiento, con la tremenda emoción de empezar a ver y a reconocer las primeras casas de tu querida ciudad, el corazón se dispara, creándote una extraña

satisfacción que te recorre todo el cuerpo. ¡Mis amigos y yo nos bajamos! Ahora nos quedan otros diez kilómetros hasta nuestro pueblo. ¡Veinte minutos y en casa!

Somos manchegos, concretamente de Ciudad Real, una tierra maravillosa donde el olivo y la vid son abundantes. Desde cualquier punto que dirigieras la mirada observabas con satisfacción grandes extensiones de terrenos llenos de plantas de ambos frutos.

Nuestra ciudad, tierra de grandes minas, y donde tenemos el honor de contar con una espectacular refinería petrolífera, en su día, una de las más grandes de España. Concretamente, estamos hablando de la ciudad de Puertollano, localidad de tradiciones mineras.

Sobre una de sus extensas ramificaciones en dirección Este, hallamos nuestra aldea o pueblo. Pedanía muy querida por los vecinos de la comarca. Maravilloso lugar donde San Antonio de Padua vela por sus vecinos.

El Villar de Puertollano, ahí es donde nacimos y donde pasaremos los siguientes días de vacaciones.

Nada más llegar a casa saludé a mis padres. Estuvimos entretenidos largo rato, hablando de lo bueno del último trimestre, había sido un poco más difícil que los demás, pero al final lo pude sacar adelante. Precisé clases particulares y sobre todo el incondicional apoyo de mis amigos. Fue un curso complicado.

El pueblo lo hallé acogedor como siempre, aunque se veía más animado, el sol de verano lo hacía brillar con mayor intensidad. Había mucha gente por las calles y en la

puerta del bar, raramente lo podían abrir durante los días de la semana en invierno debido a la ausencia de personas en el pueblo. En estos momentos estaba abierto todo el día.

Limpio, coqueto, es un pueblo que enamora, te hace sentir en familia con solo adentrarte entre sus anchas calles, sus casas grandes y sus gentes, siempre con la sonrisa de agradecimiento por vivir en aquel bello rincón de la mancha. Es un verdadero placer volver a recorrer sus calles.

Mis padres se llaman Paco y Emma. Se encontraban muy bien. Yo los encontraba cada vez más jóvenes, consagrándose al duro trabajo del campo, sus animales y la casa, que siempre desprendía ese particular olor tan querido a leña quemada.

¡Cuánto los he echado de menos! Mi madre, me preparó un bocadillo de los que solía hacerme cuando llegaba de jugar al fútbol, jamón, aceite, tomate y sal. Di buena cuenta de él, no había desayunado y mis tripas ronroneaban pidiendo comida. Estaba radiante de felicidad, tenía todo el verano por delante y en casa, no podía pedir más.

¡Cada vez os encuentro más jóvenes! Les dije a mis padres, dibujando una sonrisa picarona en mi cara.

—Gracias por el piropo Juan, pero aquí el tiempo pasa para todos, aunque intentamos cuidarnos, hijo —respondió mi padre contento.

Lo sé padre, me alegro mucho de estar aquí.

Instalé mis cosas en la habitación, no era muy grande, pero si era acogedora, aunque en estos momentos yo la encontrase más grande de lo habitual. Después de estar un

año entero viviendo en una habitación de pensión, poco más de tres metros por tres, compartiendo el cuarto de baño con dos compañeros más, había que reconocer que aquello era un palacio. Dejé sobre la mesita mis fotos y mis libros para leer en otro momento.

Los libros son mi afición, intento rebuscar por los mercadillos y en ferias de libros, antiguos textos y manuscritos de tiempos pasados. Libros que encuentras con paciencia y sabiendo por donde moverte, un buen libro requiere una buena presencia, además de asegurarte que no le falta ninguna hoja. Unas veces se tiene suerte y otras en cambio no consigues lo que buscas, no son libros fáciles de encontrar.

Hay textos modernos que no tienen que envidiar nada a los antiguos, aunque yo pienso que lo hago por la sensación de saber que el libro es viejo. Los guardo con recelo, reservándolos para leerlos en fechas de descanso con total tranquilidad e intentaba conservarlos como si fueran de oro.

Salí de la habitación, mis pasos me llevaron al magnífico cuarto de baño, decorado con dos macetones de barro uno en cada rincón, las plantas eran naturales. Disfrute al menos de diez minutos bajo el agua templada de la ducha, dejando mi mente relajada. Me arreglé con lo primero que pille a mano, un pantalón corto azul y una blusa blanca haciendo juego con las zapatillas que me regalo mi madre. Me disponía a ir a la casa de mis amigos, aunque dudo que puedan estar en la casa, ellos son capaces de haberse ido con la bicicleta o a correr, ellos son así.

Los llamé por teléfono antes de salir de casa y en efecto estaban dándose una vuelta con la bicicleta, Antonio me comentó que no hacía falta que fuera a su casa, ya que tenían previsto pasar por la mía. Querían acercarse a saludar y ver a mis padres, pues como anteriormente he referido, nos hemos criado juntos.

Pasó más de una hora hasta que se presentaron en casa. Estuvimos sentados en torno a la vieja mesa redonda que tenía mi madre en el salón, allí permanecimos un buen rato de charla con mis padres. Más tarde decidimos pasear bajándonos unas calles más abajo de mi casa en dirección a la antigua bolera, donde se distinguen las alargadas antorchas de la refinería. Desde la calle de abajo podíamos disfrutar de unas vistas estupendas, nos sentamos y empezamos a recordar cosas de unos años atrás.

Allí donde comienza aquella alambrada, antiguamente jugábamos al fútbol, al escondite, al tejo, al pañuelito, ¿os acordáis? Les pregunté a mis amigos.

—¡Cómo no lo vamos a recordar!, si en esa explanada pasábamos la mayor parte de las tardes y los fines de semana completos —contestó Antonio, riendo.

Alzando la vista, podemos contemplar las innumerables sierras que bordeaban el pueblo, elevándose monstruosas como guardianes sobre el valle que nos rodea.

A nuestra derecha, sobresalía una hermosa cresta de piedras blancas... ¡Qué felicidad! Allí subíamos cuando celebrábamos un cumpleaños, cuando festejábamos algún

acontecimiento importante entre los amigos. Momentos felices que se aferran a nuestra memoria con el paso del tiempo. Nostalgias que pasearan por nuestras mentes acompañándonos el resto de nuestras vidas.

Sentados observando las montañas el devenir de coches por la carretera, el trasiego de animales por los caminos que subían del arroyo hacia sus casas. La tarde comenzaba a quedarse atrás, había que ir dejando la entretenida charla e intentar pensar que el día ha sido largo y que necesitamos descansar.

Ya empezaba a anochecer. Ahora marchábamos cada uno para su casa. Sería lo más justo pasar la primera noche en compañía de la familia. También estábamos deseando que llegara la noche para meternos en la cama. Había sido un día completo de emociones, los cuerpos ya no aguantaban. Antonio y Toñi se fueron para su casa iban a cenar a casa de los padres de Antonio, yo seguí mi camino hacía mi casa, levantando la mano les dije en voz alta:

Mañana nos llamamos. ¡Qué descanséis!

—¡Hasta mañana, Juan! —Contestaron los dos a la vez.

3

Llegué a casa molido. Mis padres, descansaban plácidamente sentados uno en cada sillón del salón, observando intrigados una película de misterio con el volumen al máximo. Les hice una señal acercando mis manos a la cara, haciéndoles ver que me iba a dormir, no me dijeron nada, solo levantaron la vista en señal de conformidad y siguieron observando el televisor.

Crucé el salón en dirección a la cocina, en busca de la nevera, cogí un yogurt y un vaso de leche. Estaba cansado, solo quería dormir. La fresca noche invitaba a ello, la brisa fresca que corría por aquellas callejuelas te transportaba a otra dimensión. La cama me llamaba a gritos y yo obediente marchaba a su encuentro. Tras pasar al servicio, me lavé los dientes.

Papá, mamá, voy a dormir, no me despertéis hasta que no pasen dos días al menos o si hay alguna inundación o algún cataclismo muy importante. Les grité desde el patio.

Mis padres se echaron a reír, contestándome:

—¡Hasta mañana, hijo!

—Caí en la cama sin quitar la colcha, mi cuerpo quedó pegado a la manta durmiendo apaciblemente toda la noche.

Me desperté casi a las diez de la mañana. Era un amanecer soleado, ¡no se oía ni una mosca! Aquello era gloria bendita, ¡qué tranquilidad por dios! No me apetecía moverme de la cama. Eché mano de un libro para comenzar a leerlo, pero no resultó, porque solo me apetecía salir a disfrutar de tan hermosa jornada. Uno de los primeros días de verano. No me lo pensé dos veces saltando de la cama sin vacilar.

En el instante en que mi madre me vio, se acercó a mí, me dio un beso y aproximándose sus labios al oído me susurró:

—Te voy a preparar un buen desayuno, con tus tostadas hechas en la leña.

—No tardé ni un minuto en vestirme, para mis oídos esas palabras eran música celestial. La casa, desprendía un fuerte olor a café recién hecho. Poca gente podía negarse a tomar un desayuno como este, con unas buenas tostadas de pan moreno, su hilito de aceite vertido sobre el tomate restregado, sentado cómodamente en el patio de mi casa, decorado con un sinfín de macetas floreadas de diversos colores que resaltaban sobre el fondo blanco de la pared.

Era una proposición a la que uno no podía decir que no, yo era de esas personas que para comer no había que obligarles mucho, todo me sentaba de maravilla.

Mamá, me gustaría pasear por los alrededores del pueblo antes de la hora de la comida, de esta manera estiro un poco las piernas.

—Es una buena idea hijo, sal que el aire de la mañana te refresque la cara y saludes al vecindario —contestó mi madre, muy contenta, siempre con una sonrisa en la boca.

¡Desayuno, ducha, pantalón corto y un paseo por los alrededores del pueblo! No le podía pedir más a mi primera mañana entre mis paisanos. Me encantaba eso de ir saludando a la gente por las calles.

Salí del pueblo en dirección al campo. No era difícil, ya que como he dicho anteriormente no podemos presumir de ser un pueblo muy extenso, tan solo ahora, con la llegada del buen tiempo se advertía gente para arriba y gente para abajo.

Buenos días por aquí, buenos días por allí, un hola, otro hola, ¿cómo estás?, los estudios bien. De esta bonita manera transcurrió la mayor parte de mi paseo. Era otra forma de ver la vida y de sentirla. El campo, finalizaba sus colores primaverales, agotando los últimos destellos de colores verdes, tiñendo nuestros sembrados de un blanco amarillento, preparando en un corto espacio de tiempo la cosecha del grano.

Había animales pastando apaciblemente, amarrados a sus estacas de las patas delanteras consiguiendo sin esfuerzo poder comer y beber en sus distintos barreños preparados para este fin.